

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo vamos a ir a la democracia en lugar de esperar a que venga?



—¿Cuántos grados aumentará la temperatura de los precios antes de que se descongelen los salarios?



—¿Cuándo gozará el gobierno en las Cortes de la misma confianza que inspira en el extranjero?



—¿Cuándo vamos a saber a quién representan los procuradores que el otro día preguntaban en nombre de quién hablaba Arelliza?



—¿Cuándo dejarán algunos de amenazarnos con hacer ahora lo que no han sido capaces de hacer en treinta y tantos años?



—¿Cuántos «oriundos» van a «nacionalizarse» demócratas de ahora en adelante?



—¿Cuándo saldrá «Triunfo»?



EL AÑO QUE VIENE.
SI DIOS QUIERE



LA LETRA DE CAMBIO PIERDE LA VIRGINIDAD

Hace mucho tiempo que la letra de cambio perdió la virginidad. Y ahora, encima, la gente le ha perdido el respeto, como acaba de señalar el «Boletín de Infor-

mación Textil»: «El más olímpico desprecio por la letra de cambio parece haberse adueñado de la vida mercantil». Es que no respetamos nada, ni los valores más sagrados de la civilización occidental: «Hemos llegado al punto —sigue diciendo el boletín en cuestión— de que ya no sólo no preocupa la ligereza de los compradores que firman letras sin estar seguros de que podrán cumplir el compromiso, sino que, además, se está viendo bien claro

que los deudores ni siquiera respetan el protesto de una letra».

Así van los protestos y las letras devueltas, y es que no nos merecemos lo que tenemos. ¿Quién, si no la letra de cambio, ha permitido el milagrito español? ¿Quién, si no la letra de cambio, nos va a poner a todos con televisión en color y en plan europeo?

Más respeto para la letra de cambio, señores, que una letra no se encuentra y nosotros nos hemos encontrado en la calle gracias a ella la prosperidad, la madurez, la concordia, la convivencia y la democracia descafeinada. También sería cosa, digo yo, de firmar letras a base de cantidad, para comprarnos una urna a treinta, sesenta y noventa. Porque seguro que aquí no hay ya urnas porque no hay dinero para comprarlas. Y si no le tenemos respeto a las letras, ¿cómo nos vamos a comprar las urnas a plazos?

A la única letra que no le hemos perdido el respeto es a la del «Que Viva España», que canta el Escobar muy en el nacional-descafeinadismo. Con las otras nos pasa como al viejo gay andaluz a quien le llevaron al cobro un efecto (toma ya Derecho Mercantil, ni Garrigues el patriarca!), y respondió:

—¿Una letra? Pues llévasela al maestro Quiroga para que le ponga música, y que te la cante la Piquer...

Eso. ■ DESPEÑAPERROS.

